EL PLACER

I

Moría el año, dulcemente. El sol de San Silvestre derramaba un esplendor velado, suave, tibio y áureo, casi primaveral, en el cielo de Roma. Todas las calles de la ciudad eterna estaban en extremo animadas y concurridas por gentes del pueblo, como en los domingos de Mayo. Sobre la plaza Barberini y en la plaza de España una multitud de carruajes pasaba atravesando á la carrera, y el rumor confuso y continuo de la muchedumbre que poblaba las dos plazas, subiendo por la Trinidad de Monti y por la vía Sixtina, llegaba atenuado hasta las habitaciones del palacio Zuccari.

Los salones iban llenándose poco á poco del perfume que exhalaban las frescas y odorosas flores

aprisionadas en ricos búcaros de porcelana de Sévres. Sumergidas en elegantes copas de fino cristal de Bohemia, anchas y espesas rosas se elevaban sutilmente de una especie de tallo dorado, alargándose á guisa de un lirio adiamantado, semejante á los que surgen de detrás de la Virgen en la esfera de Sandro Botticelli de la galería Borghese. Ninguna otra forma de copa iguala en elegancia á aquella forma; las flores, dentro de aquella prisión diáfana parecen espiritualizarse y dar la imágen de una religiosa ó amorosa oferta.

Andrés Sperelli esperaba en sus habitaciones á una amante. Todo cuanto le rodeaba revelaba, en efecto, un especial cuidado amoroso. El tronco de enebro ardía en la chimenea, y la pequeña mesa del thé estaba dispuesta y preparada con tazas y salvillas de fina loza de Castel Durante, adornadas con historietas mitológicas de Lucio Dolci, de una forma antigua y de inimitable gracia, en las que, debajo de las figuras, aparecían escritos en caracteres cursivos y orlados de negro exámetros de Ovidio. La luz entraba atenuada por cortinajes de brocatel rosa con granadas de plata con hojas y con motas. Como quiera que el sol del mediodía hería los cristales, la florida trama de las cortinillas de croché se dibujaba sobre el tapete.

El reloj de la torre de la Trinidad de Monti hizo sonar las tres y media. Faltaba media hora. Andrés Sperelli se levantó del diván en que estaba tendido y dirigióse á abrir una de las ventanas; después, dió algunos pasos por la habitación; abrió un libro, leyó algunas líneas y lo corró; por último buscó en

torno de sí alguna cosa, con mirada irresoluta. El ansia de la espera lo pinchaba tan agudamente que tenía necesidad de moverse, de hacer algo, de distraer su pena interna con algún acto material. Se acercó á la chimenea, se inclinó á coger las tenazas para avivar el fuego y puso sobre el montón de leña ardiente, un nuevo tronco de enebro. El montón se agitó; los carbones resplandecieron y rodaron hasta la lámina de metal que protegía el tapiz; la llama se dividió en varias lenguas azuladas que brillaban y se apagaban; los tizones humearon.

Entonces surgió en el espíritu del espectante un recuerdo. Precisamente delante de aquella chimenea, Elena gustaba entretenerse, antes de vestirse tras una hora de intimidad.

Tenía mucho arte para acumular los troncos sobre los morillos. Cogía las pesadas tenazas con las dos manos y con rara habilidad desmochaba los tizones para evitar las chispas. Su cuerpo sobre la alfombra, durante aquella operación un poco fatigosa, por los movimientos de los músculos y por el ondular de la sombra parecía sonreirse por todas sus junturas, por todos sus pliegues, por todos sus huecos, inundado de una palidez ambarina que traía al pensamiento la Danae del Correggio. Y ella tenía también las extremidades de las figuras del gran artista: las manos y los pies pequeños y flexibles, casi pudiéramos decir arbóreas como las estatuas de Dafne en su principio primísimo de la metamorfosis fabulosa.

Apenas había terminado la operación, los leños llameaban y despedían un súbito resplandor. La ro-

jiza y ardiente luz de los troncos y la del helado crepúsculo, que entraba por los cristales, luchaban algún tiempo en la habitación. El olor del enebro ardiente producía á la cabeza un ligero aturdimiento. Elena parecía presa de una especie de locura infantil á la vista de la hoguera. Tenía la costumbre, un poco cruel, de deshojar sobre la alfombra todas las flores que había en los búcaros, al final de cada entrevista de amor. Cuando volvía á la habitación, vestida ya, poniéndose los guantes ó pidiendo que se los abrochase, sonreía en medio de aquella devastación, y nada igualaba á la gracia del movimiento que cada vez hacía, levantando un poco la falda y avanzando primero un pie y después otro, para que el amante inclinando la atase los lazos de los zapatos, todavía sueltos.

El sitio no había cambiado casi en nada. De todos los objetos que Elena había mirado y tocado surgían en tropel los recuerdos y las imágenes del tiempo lejano, revivían tumultuariamente. Después de cerca de dos años, Elena estaba para traspasar de nuevo aquellos umbrales. Dentro de media hora, seguramente que ella habría llegado, se encontraría sentada en aquella butaca, quitándose el velo que cubría su rostro, un poco jadeante, como otras veces; y habría dejado oir de nuevo su dulce y melodiosa voz. Todo cuanto allí había y de nuevo la rodeara, habría sonreído á su voz y á sus sonrisas, después de dos años.

El día de la gran despedida fué precisamente el 25 de Marzo de 1885, fuera de la Puerta Pía, en un carruaje. La fecha había quedado esculpida en la

memoria de Andrés. Al esperarla, ahora, podía evocar todos los acontecimiensos de aquel día, con una lucidez infalible. La visión del paisaje se le aparecía en una luz ideal, como uno de esos paisajes soñados en que las cosas parecen ser visibles desde lejos por una irradiación que se prolonga por sus formas.

El carruaje cerrado corría con un rumor igual, al trote de los caballos que lo arrastraban; las murallas de la antigua ciudad patricia pasaban por delante de las portezuelas, blanquecinas, casi oscilantes, con un movimiento continuo y dulce. De vez en cuando se presentaba una gran puerta de hierro, á través de la cual veíase un sendero flanqueado por altos paredones, ó un claustro de verdura habitado por estatuas latinas ó un largo pórtico vegetal donde aquí y allí rayos de sol resplandecían pálidamente.

Elena callaba, envuelta en su ámplia mantilla de blonda, con un velo sobre la cara, con las manos encerradas en la gamuza. El aspiraba con delicia el sutil olor del heliotropo que exhalaba la preciosa pelliza, mientras sentía contra su brazo la forma y el calor del brazo de la amada. Ambos se creían lejos de los demás, solos; pero de improviso pasaba la carroza negra de un prelado, ó un correo á caballo, ó un grupo de cléricos violáceos, ó una recua de animales.

A medio kilómetro del puente, ella dijo:

—Bajemos.

En la campiña, la luz fría y clara parecía un surtidor de agua, y los árboles que ondulaban venci-

UNION, ESTUDIO Y PATRIA MONTERREY, N. L.

dos por el viento, semejaban por una ilusión visual que sus ondulaciones se comunicaran á todas las cosas.

Ella dijo, apoyándose en él y vacilando sobre el terreno quebrado:

—Yo parto esta noche. Está es la última vez...

Después calló: al poco rato habló de nuevo, á intervalos, sobre la necesidad de la ruptura, con un acento lleno de tristeza. El viento furioso le arrebataba las palabras de sus labios. El la interrumpió, cogiéndole la mano y buscando con sus dedos entre los botones de los guantes la carne de las muñecas.

—¡No más! ¡No más!

Avanzaban luchando contra la ventolera que azotaba sus rostros. Y él, junto á la mujer, en aquella soledad grave y solemne, se sintió invadir de improviso el alma por el orgullo de una vida más libre, por una superabundancia de fuerzas.

—¡No partas! ¡No partas! Yo te quiero todavía, siempre...

Le desnudó la muñeca y metió los dedos en la manga, atormentándole la piel con un movimiento inquieto, que significaba el deseo de mayor posesión.

Ella le dirigió una de aquellas miradas que lo embriagaban como copas de vino. El puente estaba cercano, rojizo, por la irradiación de los rayos solares. El río parecía inmóvil y metálico en toda la extensión de su sinuosidad. Los juncos se encorvaban sobre la orilla, y el agua golpeaba ligeramente algunas estacas enclavadas en el légamo para soportar quizá los sedales.

Entonces él empezó á excitarla con los recuerdos. Le hablabla de los primeros días, del baile en el palacio Farnesio, de la cacería en los campos del divino Amor y de los encuentros matutinos en la plaza de España á lo largo de los escaparates de los plateros ó por la vía Sixtina tranquila y señoril, cuando ella salía del palacio Barberini perseguida por la charla de las vendedoras de flores, que la ofrecían las rosas de sus canastillas.

—¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas?

—Sí, sí.

—Y aquella noche de las flores, al principio; cuando yo vine con tantas flores... Tú estabas sola, junto á la ventana: leías. ¿Te acuerdas?

—Sí, si.

—Yo entré. Tú volviste apenas la cabeza: me acogiste duramente. ¿Qué tenías? No lo sé. Puse el ramo sobre la mesita y esperé. Tú empezaste á hablar de cosas triviales, sin voluntad y sin placer. Yo pensé, descorazonado. «¡Ya no me ama!» Pero el perfume era grande, intensísimo: toda la estancia estaba ya impregnada. Todavía te estoy viendo, cuando te apoderaste con las dos manos del ramo y hundiste dentro de él toda tu faz, aspirando su perfume. Al levantar el rostro parecía exangüe y tus ojos estaban alterados como por una especie de embriaguez...

—¡Sigue! ¡sigue!—dijo Elena, en voz débil, inclinada sobre el pretil, como encantada por la fascinación del agua corriente.

—Después, sobre el diván: ¿te acuerdas?

Yo te cubrí el pecho, los brazos, la cara, con las

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

flores, agobiándote. Tú te levantabas continuamente, presentándome la boca, la garganta, los párpados cerrados. Entre tu piel y mis labios sentía las hojas frías y suaves. Si te besaba el cuello, un calofrío recorría todo tu cuerpo y extendías las manos para rechazarme y tenerme alejado. ¡Oh! entonces... Tenías la cabeza hundida en los cogines, el pecho oculto por las rosas, los brazos desnudos hasta los codos; y nada era más dulce y amoroso que aquel pequeño temblor de tus pálidas manos sobre mis ardorosas sienes... ¿Te acuerdas?

—¡Sí, sí! ¡Sigue!

Y él continuaba el relato, creciendo en ternura. Embriagado de sus palabras, casi perdía la conciencia de lo que decía. Elena, de espaldas á la luz, se iba inclinando hacia el amante. Ambos sentían, á través de sus vestidos, el contacto indeciso de sus cuerpos. Bajo de ellos, las aguas del río pasaban á su vista lentas y frías, los altos juncos sutiles, como cabelleras, se encorvaban hacia dentro á cada soplo del viento y fluctuaban largo rato.

Después, no hablaron más: pero, al mirarse sentían en los oídos un rumor continuo que se prolongaba indefinidamente, atormentando una parte de su sér, como si algo sonoro huyese de lo íntimo de su cerebro, y se esparciera, y llenase toda la campiña circundante.

Elena, incorporándose dijo:

—Vámonos. Tengo sed. ¿Dónde se puede beber agua?

Entonces se dirigieron hacia la hostería romana, pasado el puente. Algunos carreteros desatascaban

sus mulos y jumentos blasfemando en alta voz. La claridad del ocaso hería el grupo humano y caballar, con viva fuerza.

Cuando los dos entraron en la posada, no se produjo entre la gente que en ella había movimiento alguno de extrañeza. Tres ó cuatro hombres calenturientos estaban sentados en torno de un brasero cuadrado taciturnos y amarillentos. Un boyero, de rojo pelo, dormitaba en su ángulo, teniendo todavía entre sus dedos la pipa apagada. Dos jóvenes, flacuchos y bisojos, jugaban á las cartas, mirándose fijamente en los intervalos con una mirada llena de ardor bestial. Y la hostelera, una mujer obesa, tenía en brazos un niño, meciéndolo pausadamente.

Mientras Elena bebía el agua en el vaso de vidrio en que se la sirvieron, la mujer le enseñaba el niño lamentándose.

—¡Mirad, señora! ¡Mirad, señora mía!

Todos los miembros de la pobre criatura eran de una magrez miserable; los labios violáceos estaban cubiertos de puntos blanquizcos; el interior de la boca estaba cubierto de una especie de grumo lácteo. Casi parecía que la vida hubiese huído ya de aquel pequeño cuerpo, dejando una materia sobre la cual vegetaban ahora los muhos.

—Sentid, señora mía, cuán frías están sus manos. No puede ya beber; no puede ya tragar; no puede ya dormir...

La pobre mujer sollozaba. Los hombres febriles miraban con ojos llenos de una inmensa postración. A los sollozos de la madre, los dos jóvenes hicieron un movimiento de impaciencia.

—¡Ven, ven!—dijo Andrés á Elena, cogiéndola del brazo, después de haber dejado sobre la mesa una moneda. Y la arrastró fuera.

Juntos volvieron al puente. El curso del Aniene íbase encendiendo á los fuegos del ocaso. Una línea centelleante atravesaba el arco; y en lontananza las aguas tomaban un color obscuro pero más lúcido, como si sobre ellas sobrenadasen manchas de aceite ó de betún. La campiña accidentada, semejante á una inmensidad de ruínas, tenía un general tinte violeta. Hacia la ciudad el cielo aumentaba en tonalidades rojizas.

—¡Pobre criatura!—murmuró Elena, en tono de profunda misericordia, apoyándose en el brazo de Andrés.

El viento persistía en su violencia. Una bandada de cornejas cruzó la atmósfera encendida con vuelo alto y con gran vocinglería.

Entonces, de improviso, una especie de exaltación sentimental se apoderó de los dos en presencia de la soledad. Parecía que algo de trágico y de heróico entrase en su pasión. Los colmos del sentimiento llamearon bajo la influencia del crepúsculo tumultuoso.

Elena se detuvo.

—No puedo más—dijo, jadeante.

El carruaje estaba todavía lejos, inmóvil en el punto donde le habían dejado.

—¡Un poco, todavía, Elena! ¡Un poco más! ¿Quieres que yo te lleve?

Andrés, presa de un ímpetu lírico irrefrenable, se abandonó á las palabras.

—¿Por qué ella quería partir? ¿Por qué quería destruír el encanto? ¿Acaso, sus *destinos* no estaban ligados para siempre? El tenía necesidad de ella para vivir, de sus ojos, de su voz, de su pensamiento... Estaba plenamente penetrado de aquel amor; tenía toda su sangre inficionada como de un veneno, sin remedio. ¿Por qué ella quería huír? El se había enroscado á ella, la hubiera antes ahogado sobre su pecho. No; no podía ser. ¡Jamás, jamás!

Elena escuchaba, con la cabeza baja, fatigada y molesta por el viento, sin responder. Tras corto lapso, levantó el brazo para hacer señas al cochero de que se acercara. Los caballos piafaron y emprendieron un trote corto.

—Os detendréis en la Puerta Pía—advirtió la señora al cochero, subiendo al carruaje junto con su amante,

Y con un movimiento súbito se ofreció al deseo de él, que la besó la boca, la frente, los cabellos, los ojos, la garganta, con avidez, rápidamente, sin tiempo de respirar.

—¡Elena! ¡Elena!

Un vivo resplandor rojizo entró en el carruaje, reflejo de las casas color de ladrillo. Se aproximaba, por el camino, el trote sonante de muchos caballos.

Elena, reclinándose sobre el hombro de su amante, con una inmensa dulzura de sumisión, dijo:

—¡Adiós, amor mío! ¡Adiós! ¡Adiós!

Cuando se incorporó, á derecha é izquierda del carruaje, pasaron al gran trote de sus cabalgaduras diez ó doce caballeros, que vestían casacas es-

carlata, de retorno de la caza del zorro. Uno de ellos, el duque de Beffi, pasó rozando el coche y se encorvó en el arzón para mirar en la portezuela.

Andrés no habló más. Sentía, á la sazón, que todo su sér era invadido por un abatimiento infinito. La pueril debilidad de su naturaleza, apaciguada la primera sublevación, le imponía una necesidad de llorar. Hubiera querido doblarse, humillarse, suplicar, mover la piedad de aquella mujer, con sus lágrimas. Tenía la sensación confusa y obtusa de su vértigo; y un frío sutil le subía hasta la nuca, le penetraba hasta la raíz de los cabellos.

—¡Adiós!—repitió Elena.

Bajo el arco de la Puerta Pía el carruaje se detuvo, para que él bajase.

Por eso, esperando, Andrés reveía en su memoria aquel día lejano; recordaba todos los gestos, oía de nuevo todas las palabras. ¿Qué había hecho él, apenas desaparecido el carruaje de Elena hacia las Cuatro Fuentes? Nada, en verdad, de extraordinario. También entonces, como siempre, apenas alejado el objeto inmediato que comunicaba á su espíritu aquella especie de exaltación fátua, había reconquistado casi de momento la tranquilidad, la conciencia de la vida común, el equilibrio. Había subido á un coche de alquiler para volver á su casa; allí se había puesto el traje negro, como de costumbre, sin olvidar detalle alguno de elegancia, y habíase dirigido al palacio de Roccagivine, á comer con su prima, como acostumbraba á hacer todos los miércoles. Todas las cosas de la existencia exterior ejercían sobre él un gran poder de olvido,

lo ocupaban, lo excitaban al goce rápido de los placeres mundanos.

Aquella noche, en efecto, al recogerse bastante tarde á su casa y entrar en el salón, había visto brillar sobre una mesa, el pequeño peine de concha, olvidado por Elena dos días antes. Entonces, en compensación, durante toda la noche había sufrido mucho, y solo con muchos artificios del pensamiento, había podido acallar su dolor.

Pero el momento se aproximaba. El reloj de la Trinidad de Monti, sonó las tres y tres cuartos.

Andrés pensó, profundamente emocionado:

«Dentro de pocos minutos, *ella* estará aquí. ¿Qué actitud tomaré al acogerla? ¿Qué la diré?»

La ansiedad era real y verdadera, y el amor por aquella mujer había renacido en él verdaderamente; pero la expresión verbal y plástica de los sentimientos, era siempre en él tan artificiosa, tan alejada de la sencillez y de la sinceridad, que por costumbre recurría á la preparación, aún en los más graves trastornos de su ánimo.

Trató de imaginar la escena; compuso algunas frases; escogió con una mirada inquisitorial el lugar más á propósito al amoroso coloquio. Después se levantó para mirarse en un espejo y examinar si su rostro estaba pálido y respondía á las circunstancias. Y su mirada, en el espejo, se detuvo en las sienes, en los rizos de sus cabellos, donde Elena, *entonces*, solía posar un beso delicado. Abrió los labios para mirar la perfecta brillantez de los dientes y la frescura de las encías, recordando que un tiempo, á Elena, agradábale sobre todo la boca. Su

vanidad de joven vicioso y afeminado, no descuidaba jamás, en el amor, ningún efecto de gracia ó de forma. Sabía, en el ejercicio del amor, sacar de su belleza el mayor goce posible. Esta feliz actitud de cuerpo y esta aguda pesquisa del placer cautivaban en seguida el ánimo de las mujeres. Tenía en sí algo de Don Juan y de Querubín; sabía ser el hombre de una noche hercúlea y el amante tímido, cándido, casi virginal. La razón de su poder estaba en ésto: que, en el arte de amar, no tenía repugnancia alguna á ninguna ficción, á ninguna falsedad, á ninguna mentira. Gran parte de su fuerza, estaba en la hipocresía.

«¿Qué actitud tomaré al acogerla? ¿Qué palabras la diré?» Los minutos huían, en tanto, que él se perdía en cavilaciones. No sabía con qué disposiciones se presentaría Elena.

Habíala encontrado la mañana anterior, por la vía de Condotti, visitando los escaparates. Hacía poquísimos días que había regresado á Roma, después de una larga y obscura ausencia. El imprevisto encuentro había proporcionado á ambos una viva emoción; pero la publicidad de la calle habíales constreñido á una reserva cortés, ceremoniosa, casi fría. El habíala dicho, con un tono grave, un poco triste y mirándola á los ojos:—¡Tengo tantas cosas que contarte, Elena! ¿Vendrás á verme, mañana? Nada ha cambiado en el *buen retiro*.—Ella había contestado simplemente:—Bien, iré. Espérame á las cuatro, poco más ó menos. También yo tengo algunas cosas que decirte. Ahora, separémonos.

Elena había aceptado, al momento, la invitación,

sin perplegidad alguna, sin ningún inconveniente ni condición; sin mostrar dar importancia á la cosa. Esta prontitud había suscitado, al principio, á Andrés una vaga preocupación.—¿Vendrá como una amiga, ó como una amante?—se preguntaba.—En aquellos dos años de ausencia, ¿qué había acaecido en el ánimo de Elena?—Andrés no lo sabía, pero perduraba todavía en él, la sensación que le causara la mirada de ella, en la calle, cuando él habíase inclinado á saludarla. Era aún, como siempre, la misma mirada, tan dulce, tan profunda, tan lisonjera, á través de sus larguísimas pestañas.

Faltaban dos ó tres minutos solamente para la hora tan deseada. El ansia del espectante creció hasta el punto de creer ahogarse. De nuevo se dirigió á la ventana y miró hacia la gradería de la Trinidad. Elena, en otro tiempo, subía por aquella escalera al acudir á las citas. Al poner el pie sobre la última grada, se detenía un instante; después atravesaba rápida la plaza, para dirigirse á la casa de los Casteldelfino. Su paso se oía resonar un poco ondulante sobre el pavimento, si la plaza estaba silenciosa.

El reloj sonó las cuatro. De la plaza de España y del Pincio, llegaba el rumor de los carruajes. Por delante de la villa Medicis paseaba mucha gente, bajo los árboles. Sobre uno de los poyos de piedra, frente la iglesia, estaban sentadas dos mujeres en guardia de algunos niños que correteaban en torno del obelisco. Este apareció todo róseo, bañado por los rayos del sol declinante, y señalaba una sombra larga, oblicua, un poco turquina. El aire se ha-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

cía más frío; á medida que el astro del día se acercaba á su ocaso. La ciudad, en el fondo, se teñía de oro, contra un cielo palidísimo, sobre el cual ya los cipreses del monte Mario se dibujaban negros.

Andrés se estremeció. Mió aparecer una sombra sobre la pequeña escalinata que costea la casa de los Casteldelfino y desciende sobre la plazoleta de Mignanelli. No era Elena; era una señora que se dirigió á la vía Gregoriana, caminando despacio.

«¿Si no viniese?» pensó, dudando y retirándose de la ventana. Y al retirarse del aire frío, sintió más agradable la tibia temperatura de la estancia, más agudo el perfume del enebro y de las rosas, más misteriosa la sombra de las cortinas y de los pórticos. Parecía que en aquel momento la estancia estuviese toda pronta y dispuesta á acoger la mujer deseada.

Asímismo pensó en las sensaciones que Elena experimentaría al entrar. Seguramente que ella sería vencida por aquella dulzura tan llena de memorias; perdería al instante toda noción de la realidad, del tiempo; creería encontrarse en una de las entrevistas habituales, no haber interrumpido jamás aquellas horas de voluptuosidad, ser siempre la Elena de otras veces. Si el teatro del amor no había cambiado en nada, ¿por qué había de haber mudado el amor? Ciertamente que ella sentiría la profunda seducción de las cosas en otro tiempo gratas.

Entonces comenzó en el espectante una nueva tortura. Los espíritus aguzados por la costumbre de la contemplación fantástica y del sueño poético,

dan á las cosas un alma sensible y mudable como el alma humana, y leen en toda cosa, en las formas, en los colores, en los sonidos, en los perfumes, un símbolo transparente, el emblema de un sentimiento ó de un pensamiento; y en todo fenómeno, en toda combinación de fenómeno, creen adivinar un estado psíquico, una significación moral. A veces, la ilusión es tan lúcida, que produce en esos espíritus una angustia, se sienten sofocar por la plenitud de la vida revelada, y se espantan de sus mismos fantasmas.

Andrés vió, en el aspecto de las cosas que le rodeaban, reflejada su ansiedad, y como su deseo se perdía inútilmente en la mortal espera y sus nervios se debilitaban, así parecióle que la esencia, diríamos casi afrodisiaca, de las cosas, se evaporase y disipase, también inútilmente. Todos aquellos objetos, en medio de los cuales tantas veces había él amado y gozado y sufrido, habían adquirido algo de su sensibilidad. No solamente eran testigos de sus amores, de sus placeres, de sus tristezas; eran también copartícipes. En su memoria, cada color, cada forma harmonizaba con una imagen mujeril, era una nota de un recuerdo de belleza, era un elemento de un éxtasis de pasión. Por la naturaleza de su gusto, él rebuscaba en sus amores un goce múltiple, el complicado deleite de todos sus sentimientos, la alta conmoción intelectual, los abandonos del sentimiento, los ímpetus de la brutalidad. Y como rebuscaba con arte, como un estético, sacaba naturalmente del mundo de las cosas mucha parte de su embriaguez. Este delicado histrión, no comprendía la comedia del amor sin los escenarios.

Por eso su casa era un perfectísimo teatro, y él era un habilíssimo *attrezzista* y director de escena. En el artificio casi siempre ponía todo su talento, prodigaba largamente la riqueza de su espíritu, se olvidaba así de que no raramente quedaba engañado por su mismo engaño, insidiado por su misma insidia, herido por sus mismas armas, á semejanza del encantador que fuese preso en el círculo mismo de su encantamiento.

Todo, á su rededor, había reunido para él aquella inexplicable existencia de vida que adquieren, por ejemplo, los arneses sagrados, las insignias de una religión, los instrumentos de un culto, toda figura sobre la cual se acumulen la meditación humana ó á la cual la imaginación humana lleve á una cualquier ideal altura. Así como los frascos despiden, tras largos años, el perfume de la esencia que han contenido aprisionada entre las paredes, así ciertos objetos conservan también alguna vaga parte del amor que les había iluminado y penetrado aquel fantástico amante. Y de ellos recibía éste una excitación tan fuerte que, á veces, sentíase turbado como por la presencia de un poder sobrenatural.

Parecía, en verdad, que conociese como si dijéramos la virtualidad afrodisíaca latente en cada uno de aquellos objetos, y la sintiese en ciertos momentos desaprisionarse y desenvolverse y palpitar á su alrededor. Entonces, si se encontraba en los brazos de su amada, daba á sí mismo y al cuerpo y al alma de ella, una de esas supremas fiestas, cuyo sólo recuerdo basta á ilustrar una vida entera. Pero, si estaba solo, una angustia grave le oprimía, y

lamentábase amargamente, al pensar que aquel grande y raro aparato de amor se perdía inútilmente.

¡Inútilmente! Las fragantes rosas, aprisionadas en las altas copas florentinas, también espectantes, exhalaban su más íntima dulzura. Sobre el diván, en las paredes, los vasos argentinos en gloria de la mujer y del vino, entremezclados tan harmoniosamente con los indefinibles colores séricos del tapiz pérsico del siglo XVI, brillaban reflejados por el ocaso, en un ángulo libre dibujado por la ventana, y hacían más diáfana la sombra escasa y propagaban su suave claridad á los almohadones. La sombra, por todas partes era diáfana y rica, casi diríamos animada por la vaga palpitación luminosa que tienen los santuarios obscuros donde hay un tesoro escondido. El fuego de la chimenea centelleaba, y cada una de sus llamas era, según la imagen de Percy Shelley, como una gema disuelta en una luz siempre movible. Parecía al amante que toda forma, todo color, todo perfume, rindiese en aquellos momentos la más delicada flor de su esencia... ¡Y *ella* no venía!

Surgió entonces, por primera vez, en la mente de Andrés, el pensamiento del marido. Elena no era ya libre. Había renunciado á la hermosa libertad de la viudez, uniéndose en segundas nupcias con un gentilhombre de Inglaterra, con un lord Humphrey Heathfield, algunos meses después de su imprevista partida de Roma. Andrés, en efecto, recordaba haber visto el anuncio del matrimonio en una crónica mundana, en Octubre del año 1885, y ha-